

taña, donde habia muchos descontentos. Y tanto creció la conspiracion, que se meditaba ya apoderarse de la persona del regente, y convocar los Estados generales para sancionar el nuevo gobierno, siendo el cardenal de Polignac uno de los que mas en esto trabajaban.

Pero las imprudencias de Cellamare fueron causa de que se recelára y de que llegára á denunciarse al regente una tan bien urdida conspiracion (1). Fió la conduccion á España de unos pliegos importantes al jóven don Vicente Portocarrero, sobrino del cardenal, creyendo que llamaria menos la atencion que un correo ordinario. Mas sucedió que el dia que habia de partir el jóven, en union con su amigo Monteleon, hijo del embajador, uno de los secretarios de Cellamare tenia cita en la casa de una célebre muger de París, llamada la Tillon, famosa zurcidora de voluntades, y muy conocida del ministro Dubois: y como llegase tarde y se disculpase con haber estado despachando los pliegos que debian traer los dos jóvenes, apresuróse la Tillon á dar cuenta de ello á Dubois, el cual destacó inmediatamente emisarios que se apoderáran de los viajeros. Fueron estos sorprendidos en Poitiers, cogidos y sellados los papeles, y conducidos á París (8

(1) Atribúyese á este ministro falta de circunspeccion y de tacto en la eleccion de personas para la ejecucion de los proyectos, y cierto aire misterioso que mas excitaba que desvanecía la curiosidad y la sospecha. Parece que en sus expediciones nocturnas se servia del carruage del marqués de Pompadour, haciendo de cochero el conde de Laval.

de diciembre, 1718); se los sometió á un consejo, y se publicó un relato de la conspiracion en carta circular á todos los ministros estrangeros (1). Portocarrero fué arrestado, y mandado despues salir del reino.

Habia, en efecto, mediado larga correspondencia secreta entre los reyes y ministros de España y Francia. Felipe escribió algunas cartas á Luis XV., su sobrino (setiembre, 1718), advirtiéndole la poca consideracion del regente en ligarse con los enemigos de la corona de España. Habíase dirigido á los parlamentos, excitándolos á que convocáran los Estados generales como único remedio para impedir los males de la política del regente. Envió además un mensaje á los tres estados de Francia, quejándose amargamente del ilimitado poder del duque de Orleans, y de la injusticia de la cuádruple alianza: y los Estados le contestaron con un escrito que comenzaba: «Señor.—Todos
» los Ordenes del reino de Francia vienen á ponerse á
» los pies de V. M. para implorar su socorro en el es-
» tado á que los reduce el presente gobierno. V. M. no
» ignora sus desdichas, pero no las conoce en toda su
» estension. El respeto que profesan á la autoridad
» real..... no les permite idear otro medio para salir
» de ellas, sino por el de los socorros que de derecho
» esperan de la bondad de V. M.»—Y entre otros pár-

(1) San Simon, Memorias, to- rios, tom. II.—Memorias de Staal
mo VII.—San Felipe, Comenta- ó Anécdotas de la regencia.

rafos se leían los siguientes: «¿Qué podeis, Señor, temer ni del pueblo ni de la nobleza, cuando V. M. venga á poner en seguridad sus fortunas? El ejército de V. M. ya todo está pronto en Francia, y V. M. puede estar seguro de llegar á ser tan poderoso como Luis XIV. V. M. tendrá el consuelo de ver que le aceptan con unánimes aclamaciones por administrador y por regente..... ó de ver restablecer con honra el testamento del difunto rey, augusto abuelo de V. M. Por este medio verá V. M. renovarse aquella union tan necesaria á las dos coronas, etc. (1).»

Descubierta que fué la conspiracion, el duque de Orleans, ademas de despedir al embajador Callamare, hizo prender al duque y duquesa del Maine, al de Villeroy, ayo del rey Luis XV., al cardenal de Polignac, y á otros varios personajes que en ella habian estado. Felipe V. hizo á su vez salir de España al embajador francés Saint Agnan. Todos eran síntomas y anuncios de próximo rompimiento, y sobre los preparativos de guerra que se observaban en Francia, hizo Felipe una declaracion ó manifiesto (25 de diciembre, 1718), que parecia mas bien un llamamiento á los oficiales y soldados franceses, puesto que ofrecia cuando se presentáran en sus fronteras, recibirlos con los brazos abiertos como buenos amigos y aliados. «Daré (decia) á los oficiales empleos proporcionados á su gradua-

(1) El Padre Belando conoció todos estos documentos, y los inserta íntegros en la Parte IV. de su Historia Civil, cap. 29 á 32.

cion; incorporaré los soldados con mis tropas, y me alegraré de emplear (si fuese necesario) mis rentas en su favor, á fin de que todos juntos, españoles y franceses, peleen unidos contra los enemigos comunes de las dos naciones (1).» Estos papeles no podian detener ya el curso natural de las cosas. El consejo de regencia de Francia condenó el manifiesto del rey de España por sedicioso; y por fin el 9 de enero de 1719, se declaró solemnemente la guerra á España, con una larga exposicion de los motivos del rompimiento, de las causas que habian producido la cuádruple alianza, y de los cargos que, no á la persona del rey, sino al gobierno español se hacian: porque en estos papeles tratábanse ambos monarcas con toda consideracion y respeto; las acusaciones duras se lanzaban, de la una parte contra el duque regente, de la otra contra el cardenal Alberoni. A esta declaracion de guerra contestó todavía Felipe con una extensa explicacion de los motivos que habia tenido para oponerse al tratado de alianza entre el rey de Inglaterra y el duque de Orleans (20 de febrero, 1719), que era una reseña histórica de todo lo acontecido desde la guerra de sucesion, y un resumen de todas las quejas antes en varias ocasiones y en varias formas emitidas. Mas ya no era tiempo de ejercitar la pluma, sino de embrazar las armas.

(1) Dado en el Pardo, á 25 de diciembre.—Belando, P. IV. capítulo 32.

Antes de entrar en los movimientos y operaciones de esta guerra, necesitamos decir lo que habian hecho las tropas españolas que dejamos en Sicilia.

Las circunstancias habian variado mucho, y no podian los españoles proseguir la conquista con la rapidez y facilidad con que la habian comenzado; porque sobre la pérdida de nuestra escuadra, y el estorbo que les hacía la escuadra inglesa, llegaban y desembarcaban continuamente refuerzos de tropas alemanas protegidas por los ingleses, sin que á los nuestros les pudiera ir mas socorro que el que podia llevarles tal cual nave ligera que lograba arribar entre mil peligros. A pesar de todo, el ejército español sostuvo la lucha con una firmeza admirable. La ciudadela de Mesina sufrió terribles ataques durante todo el mes de setiembre (1718); hubo combates sangrientos entre españoles, piamonteses, ingleses y austriacos, en medio de los cuales los españoles iban siempre avanzando y tomando fuertes, hasta que al fin rindieron la ciudadela (30 de setiembre), bajo la condicion de salir libre la guarnicion, que se componia de tres mil quinientos hombres.

Dueño ya de Mesina el marqués de Ledesma, partió con varios regimientos á Melazzo, donde había llegado un cuerpo de ocho mil alemanes al mando del general Carrafa. En la lengua de tierra que hace el promontorio de Melazzo hubo una réeia y formal batalla (15 de octubre, 1718) entre austriacos y españoles,

en que, despues de muchos choques sangrientos, murieron de los nuestros mas de mil soldados, de los alemanes mas de tres mil, lo cual dió gran crédito á las armas españolas en Sicilia, y fué grandemente celebrado en Madrid. Mas como despues se reforzasen los imperiales hasta el número de diez y seis mil peones y dos mil ginetes, y aquella guerra nos estoviese consumiendo inmensas sumas, sin medio de reponer las bajas que alli teníamos, ordenó Alberoni al de Ledesma que cuidára mucho de conservar aquellas tropas, y no exponerlas sino en caso preciso á una accion general. Asi que, tanto por aquella parte como por la de Trápani y Siracusa, se redujo nuestro ejército al sistema de bloqueo y circunvalacion de estas dos plazas, y á permanecer encerrados en las otras (1).

Influyó tambien en esta determinacion que Victor Amadeo, visto el cambio ocurrido en la política de Europa, se adhirió por fin á la cuádruple alianza, conviniendo en ceder al emperador el reino de Sicilia, y conformándose con recibir como equivalente el de Cerdeña, del cual fué reconocido en Viena como rey (5 de noviembre, 1718). Con cuyo motivo dió orden á los gobernadores de las plazas ocupadas todavía por sus tropas para que recibiesen guarniciones austria-

(1) Belando. Historia Civil, P. II. cap. 44 á 50.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Relacion de los progresos de las armas españolas en el reino de Sicilia delante de Melazzo: impresa en seis fojas, con un catálogo nominal de los muertos, heridos y prisioneros.

cas; y el emperador, libre entonces de la guerra de Turquía, pudo enviar á Sicilia cuantos refuerzos le eran menester.

En tal estado sobrevino la declaracion de guerra de la Francia, y España se encontró teniendo que luchar sola contra tres naciones tan poderosas como Inglaterra, Francia y el Imperio, además del duque de Saboya, y sin esperanza de divertir por el Norte al enemigo, á causa de haber fallecido el rey Carlos XII. de Suecia, con cuya cooperacion contra el austriaco y el inglés había contado. A pesar de esto no desfalleció el ánimo altivo y emprendedor de Alberoni. El duque regente de Francia había nombrado general en jefe del ejército que debía invadir la España al duque de Berwick, por haberse negado á tomar el mando el mariscal de Villars á quien se le ofreció ántes. Aceptóle Berwick, aunque de mala gana y obligado á ello, ya por haber hecho antes la guerra en España en defensa del rey don Felipe contra ingleses y austriacos, ya por el carácter de Grande de España que tenía como duque de Liria, ya por tener á su hijo primogénito casado con la hermana del duque de Veraguas. El plan del regente era atacar á Fuenterrabía, lo cual le abría el camino de Vizcaya, sobre cuyos puertos tenía él designios ulteriores; y no quiso que le ayudáran á esto los ingleses, dejándoles que atacáran á España por otro lado.

Discurrió Alberoni que la mejor manera de conte-

ner á los ingleses sería llevarles la guerra á su propia casa. Vínole bien para ello la invitacion que de Roma se le hizo para que trajese á España al rey Jacobo. Vino en efecto el proscrito príncipe inglés, mientras de Milan participaban á las córtes de Londres, de Viena y de París que tenían allí preso al pretendiente, el cual se hallaba ya en Madrid recibiendo las mayores demostraciones de efecto y amistad de Felipe V. y su gobierno: que el preso en Milan era uno que de industria había sido enviado allí con ciertas engañosas apariencias y cierto disfraz que le hacía sospechoso de ser el destronado Stuardo (febrero, 1719). Llamó Jacobo é hizo venir de Francia al duque de Ormond que se hallaba refugiado en aquel reino, y cuya desaparicion alarmó á los aliados, principalmente al rey Jorge de Inglaterra, que pregonó y puso á talla la cabeza del duque, ofreciendo diez mil libras esterlinas al que le entregárá vivo ó muerto. No se contentó Alberoni con dar celos á la Gran Bretaña. Su plan era enviar una expedicion naval á Escocia, donde Jacobo tenía muchos partidarios. Al efecto dispuso que una flota que él había preparado en Cádiz pasase á la Coruña (10 de marzo, 1719), á unirse con las demas naves que en los puertos de Galicia tenía dispuestas, y allá partió también el duque de Ormond desde Bilbao.

Esta flota había de ir mandada por el entendido y práctico don Baltasar de Guevara; destinábanse á esta

empresa cinco mil soldados, muchos de ellos irlandeses y escoceses del partido jacobita, que llevaban armamento para treinta mil hombres. Con razon resistia Guevara la salida, por los riesgos que podia correr la flota en aquella estacion y en aquellos mares: obedeció sin embargo, pero la fatalidad justificó pronto la prevision y los temores del ilustre marino. Una borrasca que se levantó en el Cabo de Finisterre, y que duró diez dias, desbizo la flota en términos, que divididas las naves, cuatro entraron en Lisboa, ocho volvieron á Cádiz, las demas á Vigo y á otros puertos de Galicia, fracasaron algunos navíos, y de los barcos de transporte pocos pudieron servir. Solo una parte de la escuadra, con mil hombres, los mas de ellos católicos irlandeses, y tres mil fusiles para armar paisanos, llegó á desembarcar en Escocia (abril, 1719); escásima fuerza para encender allí la guerra civil, y menos para sostenerse contra un monarca poderoso y prevenido. Asi fué que solo se les agregaron dos mil paisanos, con los cuales se apoderaron de un castillo, aguardando los demas para levantarse la llegada de mayores fuerzas. Pero éstas no podian llegar; y marchando luego tropas inglesas á sofocar aquella rebellion, protegido ademas el rey Jorge por los aliados, y hasta por los holandeses, que tambien se movieron en esta ocasion, pronto dieron cuenta, asi de los expedicionarios, como de los paisanos rebeldes; y si bien muchos lograron salvarse con los cabos

principales, otros quedaron prisioneros, y fueron llevados en triunfo á Lóndres. Tal fué el desgraciado éxito de esta malhadada expedicion, dispuesta por Alberoni á costa de los caudales de España ⁽¹⁾.

Todavía con las naves que se salvaron en Galicia salió el duque de Ormond de los puertos de Vigo y Pontevedra con intento de sublevar la Bretaña francesa, donde se contaban muchos descontentos del gobierno del duque de Orleans, y no habia faltado quien se ofreciera á ser gefe de la sedicion. Mas ó no hubo valor para rebelarse, ó faltaron cabos que la alentáran, y como la mayor parte de la nobleza se mantuviera fiel al regente, quedó tambien frustrado el objeto y desvanecidas las esperanzas que se habian fundado en esta expedicion ⁽²⁾.

Contribuyó á este resultado la circunstancia de que don Blás de Loyá, encargado de salir de los puertos de Santander y Laredo con dos navíos cargados de armas y patentes para los bretones que habian de sublevarse, correspondió á la fama de cobarde que ya para con sus tropas tenia, y no se atrevió á moverse, disculpando su miedo con el mal temporal. De este modo se le iban frustrando al cardenal Alberoni todos sus

(1) San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, P. IV. cap. 34.—Marlés, Continuacion de la Historia de Inglaterra, de John Lingard, cap. 34.

(2) El desgraciado Jacobo III. pasó á Santiago de Galicia á visi-

tar el sepulcro del Santo Apóstol. Despues de regresar de allí, determinó salir de España, y embarcándose en los Alfaques tomó tierra en Liorna, volviéndose desde allí á Roma, de donde habia salido.

intentos, sin que bastáran, es verdad, estas desgracias á enfriarle ni á entibiar su ardor.

Abrieron los franceses la campaña, pasando el marqués de Tilly con veinte mil hombres el Bidasoa por cerca de Vera (21 de abril, 1719): tomaron luego el castillo de Behovia, la ermita de San Marcial, Castelfolit y el fuerte de Santa Isabel, y apoderáronse del puerto de Pasages, quemando los navíos y almacenes de aquel rico astillero. A los pocos días, y cuando llegó el duque de Berwick, ya se hallaban sobre la plaza de Fuenterrabía. Con esta noticia determinó el rey don Felipe salir personalmente á campaña para ponerse á la cabeza de sus tropas, como tenia de costumbre, no sin hacer antes una solemne declaracion (27 de abril), de que hizo circular profusion de copias, y en que despues de protestar de su entrañable afecto al rey de Francia su sobrino, y de que su objeto era solo libertar aquel reino de la opresion en que le tenia el regente, manifestaba la esperanza que tenia, ó aparentaba tener, de que se le habian de unir las tropas francesas (1). El duque de Orleans respondió á este documento con otro, á nombre del rey, en que á su vez afirmaba que sus tropas no venian á hacer la guerra al rey de España, sino á librar esta nacion del yugo de un ministro estrangero, á quien debia impu-

(1) «Espero (decia) que las tropas francesas todas, á mi ejemplo, se unirán á las mías, y que las unas y las otras, animadas del mismo espíritu.....etc.»—Declaracion del Católico monarca don Felipe V.

tarse la resistencia de su soberano, las conspiraciones contra la Francia, y los escritos injuriosos á la magestad del Cristianísimo.

Mientras estos papeles se cruzaban, Felipe salió de Aranjuez, con la reina, el príncipe de Asturias y el cardenal, y todos pasaron á Navarra, donde se formó con dificultad un ejército de quince mil hombres, cuyo mando se dió al príncipe Pío. Escasas fuerzas eran estas para librar á Fuenterrabía, donde habia llegado otro cuerpo de tropas francesas del Rosellon. Intentábalo no obstante Felipe, pero opusieron á ello Alberoni y el príncipe Pío como empresa arriesgada y difícil, y muy especialmente el cardenal, que no queria le fuera atribuido el mal éxito de ella (1). Empeñóse, sin embargo, el rey en seguir avanzando, confiado en que su presencia produciria desercion en los franceses; mas cuando estaba ya á dos millas de Fuenterrabía, supo que la plaza se habia rendido (18 de junio, 1719) despues de una regular defensa.

Un cuerpo de franceses, que se embarcó en tres fragatas inglesas, atacó y tomó á Santoña, y quemó unos navíos españoles y los materiales de otros que estaban en construccion. El mariscal de Berwick, rendida Fuenterrabía, mandó combatir la plaza de San

(1) «A mí se me achaca, le decia, cuanto de malo ocurre, y el revés que resultaria de una tentativa de esta naturaleza justificaria todavia mas lo que se dice vulgarmente, que mis proyectos extravagantes no pueden acabar de otro modo, y que nada bueno se puede esperar siguiendo los consejos de un lunático.»—Vida de Alberoni.

Sebastian, que tambien se entregó con menos resistencia de la que habian esperado los franceses (agosto, 1719): con lo cual terminó la campaña por aquella parte. Las Provincias Vascongadas acordaron prestar obediencia al gobierno francés, á condicion de que se les conserváran sus libertades y fueros; proposicion que no pareció bien al de Berwick, el cual respondió que aquella guerra no se habia emprendido con miras de engrandecimiento, sino solo para obligar al monarca español á hacer la paz ⁽¹⁾.

Cosa extraña pareció que despues de estos triunfos en Guipúzcoa se moviera Berwick con su ejército hácia el Rosellon, con propósito de hacer otra entrada en España por Cataluña, acaso porque este pais le recordaba sus victorias de cuando estuvo al servicio del rey Católico. Felipe se retiró disgustado á la corte (septiembre, 1719), y mandó que el ejército siguiera desde Pamplona el movimiento del enemigo. Hízose, en efecto, la invasion por aquella otra parte del Pirineo; apoderáronse los franceses de Urgél (octubre), y pusieron sitio á Rosas, pero una furiosa borrasca destruyó veinte y nueve naves de las que habian de servir para este sitio (27 de noviembre, 1719); con lo que, despues de haber estado diez dias á la vista de la plaza, se retiró otra vez el ejército francés al Rosellon, en tan miserable estado, por efecto de la intemperie y

(1) Belando, P. IV. c. 35 y 36. mo II.—Memorias de Berwick. —San Felipe, Comentarios, to-

de las enfermedades, que todo lo iba dejando por los caminos, como si volviera de una larga y penosa jornada ⁽¹⁾, pero confiando el de Berwick en que ya Alberoni quedaria desengañado de la vanidad de sus grandes proyectos.

Habia tambien marchado entretanto con poca prosperidad para los españoles la guerra de Sicilia. Con la orden que se dió al marqués de Ledesma de que procurára no comprometer las tropas que tenia en aquel reino, y con noticia de que otro cuerpo de doce mil alemanes estaba para llegar en refuerzo de la guarnicion de Melazzo, tuvo por prudente abandonar aquellas trincheras (20 de mayo, 1719), y retirarse silenciosamente; pero atacado por dos partes, se vió precisado á hacer una larga marcha hasta Francavilla. Al fin en los campos de esta ciudad tuvo que sostener una reñida batalla campal, la segunda que se daba en Sicilia, con el grueso del ejército alemán, mandado por cuatro de sus mejores generales, el conde de Merci, el de Walis,

(1) «Se miraba toda la tropa tan destruida, dice el P. Belando, que con la desercion, enfermedades, falta de viveres y forrages, no habia batallon ni escuadron que no le faltara mas de la mitad de la gente. Muchos de los soldados hubieron de llevar los caballos de la rienda, porque ya no les quedaba sino la piel y los huesos; y algunos oficiales llegaron á Montalvan á pie, confesando que apenas se hallaba quien llevase las banderas. De manera que el ejército se vió en un estremo tan lastimoso, que si la caballería española le sigue, Berwick y toda su gente hubieran quedado prisioneros.» Belando escribió esta parte de su historia con los datos que le suministraron las cartas y notas originales de Macaná, que á la sazón se hallaba en la frontera de Francia, y seguia correspondencia con el rey, de la cual hemos tenido copia en nuestras manos.